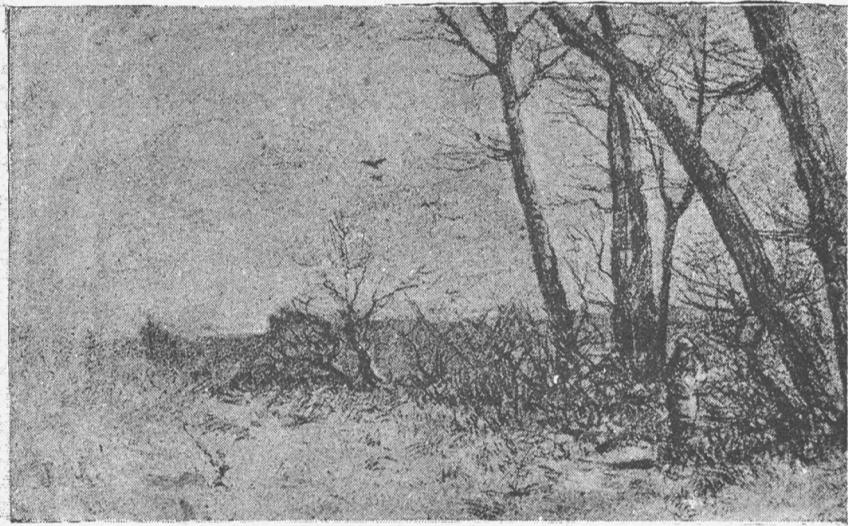


que al descender de la Gloria,
no quiso grandes palacios,
no quiso regias coronas,
sino un pesebre por cuna,
la Caridad como norma,
pescadores por amigos
y muerte, en fin, afrentosa.

Si no sois caritativos,
si en vano el pobre os implora,
si altivos desconocierais
lo que vale una limosna,
temblad que vuestra fortuna
no se cambie en una hora,
que en los azares del mundo
cualquier riqueza se agota.

Y entonces, niños, entonces,
cuando la tormenta ronca
haga desbordar el río
y quite al árbol sus hojas;
cuando los prados se vistan
de blanca y menuda alfombra
y el relámpago desgarré
con intervalos las sombras,
no esperéis que en vuestra cuita
os consuelen y socorran:
quien la Caridad no ejerce,
si la busca, no la logra.

M. OSSORIO Y BERNARD.



ÁRBOLES SECOS.

Cuando la nieve en el marjal blanquea,
y el áspero aquilón zumba, y cimbré
los árboles con bruscas sacudidas,
y ruedan en revuelto torbellino,
alfombrando la arena del camino,
las hojas secas en tropel caídas;

Desnudos de su espléndido ropaje
los árboles enseñan su ramaje,
cubierto por la rústica corteza,
y se elevan inmóviles y escuetos,
semejando medrosos esqueletos
que hasta el cielo levantan su cabeza.

Alguna vez el aquilón resiste
una hoja seca, solitaria y triste,
que aprisionada entre las ramas flota,
hasta que llega el huracán bravío,
y cediendo á su inmenso poderío
rueda, entre el polvo, amarillenta y rota.

No se ven las oscuras golondrinas,
que á las cálidas playas argelinas
de nuevo emprenden su azarosa marcha,
y avanzan los espesos nubarrones
que levanta la niebla en sus girones
y van cubriendo la esponjosa escarcha.

Todo está triste, sin color ni aromas;
los frescos valles y las altas lomas
ya no reflejan su verdor perdido,

y parece que en todo lo creado
el ángel de alas negras ha pasado
y el germen de la vida se ha extinguido.

Pero vendrá la alegre primavera
y alfombrarán de nuevo la pradera
los ababoles con sus tintas rojas,
y el árbol seco, al clarear el día,
recobrará de nuevo su alegría
vistiendo el tronco con las nuevas hojas.

En las flexibles ramas suspendidos,
volverán á tejer cóncavos nidos
los pájaros que cantan sus amores,
y destacando entre las verdes frondas,
como la espuma brota entre las ondas,
volverán á brotar pintadas flores.

Pero ¡ay! cuando la nieve de los años
acumula los fieros desengaños,
que al corazón le dejan triste y seco,
y el árbol de las bellas ilusiones
va perdiendo sus hojas á montones
y ve su tronco carcomido y hueco,

No vuelven ya las horas de ventura;
y el amor, la alegría y la hermosura
rápidos huyen en veloz carrera;
ni vuelve más la juventud lozana,
que, por desgracia, la existencia humana
sólo goza una vez su primavera.

SANTIAGO IGLESIAS.



A la medida de Alberto Aguilera—carácter de tenacidad irreductible
y corazón de piedad inagotable—parece hecho el símbolo en que Auguste
Brizeux personificó el modo de ser y de sentir de la raza bretona.
Un roble, en cuyo hueco hay un panal de miel.

ALFREDO VICENTI.



El coco, por E. BALACA



LOS NIÑOS EN LOS HOSPITALES

¡Pobrecitos!

Con qué ojos tan tristes miran á sus madres; consumidos por la fiebre, torturados por los mil sufrimientos que acompañan á la enfermedad, sobre todo cuando ésta se ceba en delicados y tiernos organismos, se ven en la dura precisión de soportar tormentos mayores, de experimentar un dolor sin nombre, la falta de cuidado maternal.

Tendidos en el lecho, hundidos en él, como el cadáver en su caja, apagado el brillo de sus pupilas, marcándose en ellas esa expresión horrible de ansiedad, signo precursor de la muerte, ven llegar á sus madres, que con lágrimas amargas riegan las cubiertas de su cama y besan su pálido rostro, á cuyo suave contacto se estremece de alegría aquel débil organismo que pronto dejará de funcionar, como yergue su corola la pintada florecilla que, marchita ya, siente sumergir su tallo en el agua vivificante que ansía.

Mas ¡ay! que el reglamento se impone y ordena abandonar la enfermería á las pobres madres; ellas quieren permanecer un momento más, si posible fuera; pero la voz inflexible de los guardianes no admite réplica, y con el alma desgarrada y el corazón destrozado, dejan el local, no sin antes mirar por última vez al hijo de sus entrañas que tristes abandonan; éste, al verlas salir, tiende sus brazos y sólo encuentra el vacío: «Madre—se dirá—¿por qué te vas, por qué me abandonas en tan críticos momentos? ¡Si supieras cuán satisfecho moriría si tú estuvieses á mi lado! ¿Por qué me atormentas con tu ausencia?» Y aunque no llora, porque la enfermedad le tiene postrado, lanza un gemido, expresión de uno de esos dolores que, al no poder ser descritos, indican todo lo que tienen de grandiosos.

Entretanto, la madre espera con ansia la hora de la visita de la tarde para situarse á la puerta del hospital, espiar la salida del Profesor encargado de la sala, de sus ayudantes ó de los enfermeros de la misma, á fin de adquirir algunas noticias del estado de su hijo.

Triste se retira después que ha interrogado con afán á unos y á otros. ¡Ay! En aquella noche la dolencia del pequeño se ha agravado de tal modo, que su respirar tumultuoso, el rostro que se descompone por instantes, sus pulsaciones apenas perceptibles, hacen temer su pronta muerte.

¡Qué desgraciado fué desde que vió la luz primera! Nació en cuna

miserable, á duras penas encontró el preciso alimento para su raquítico desarrollo; ahora la enfermedad le ha conducido á la cama de un asilo, en el cual acaba su corta vida sin tener al lado á su madre.

Al fin muere; únicamente la Hermana de la Caridad se fija en su rostro cuando, al mirar su muerte, lo cubre.

A la mañana siguiente, la madre, provista de un pase, obtenido después de cien recomendaciones, se presenta en el hospital, y esta vez el portero no opone resistencia á su entrada, corre gozosa por las galerías, salva escaleras con rapidez, llega á la puerta de la sala, pero está concluyendo de pasar visita el médico y tiene que aguardar todavía unos minutos, que á su impaciencia semejan siglos; puede al fin penetrar, llega junto á la cama de su hijo. . . . ; está vacía!

Lanza un agudo grito y cae al suelo retorciéndose en horribles convulsiones: algunas personas caritativas la conducen á su modesta vivienda, donde tiene lugar el desenlace de este drama de muerte que empezó con la enfermedad de un inocente desheredado de la fortuna, se desenvolvió en el lecho de un hospital y acabó con el sincero llanto de una madre.

¡Cuántas veces he presenciado escenas tan horribles! Casos de esta índole dejaban largo tiempo honda pena en mi ánimo, pero nunca tan profunda como si aparecieran siendo sus protagonistas una madre y un niño; y es que yo entiendo que en otra ocasión cualquiera cabe fingimiento y dolor, pero no le admito nunca en la primera; su cariño siempre es verdadero.

Y en cuanto al segundo, se encontraba todavía en esa edad dichosa en que las borrascas mundanas no han herido su corazón, que sólo ha palpitado y se ha estremecido de placer al sentir el crujido del beso, que como expresión del amor más puro que se conoce, deposita en sus rosadas mejillas la mujer á quien debe la vida: su madre.

DR. CALATRAVEÑO.

LA VERDADERA LIMOSNA

Ninguna otra acción humana más hermosa que la de la caridad.

Perseguir los placeres de la tierra, acechar las ocasiones del sensualismo, soñar con la fortuna y el poderío son nimiedades que de aparatosas y fascinadoras se tornan junto á la tumba en insignificantes, y á la postre allá desaparecen entre el polvo miserable en nuestro ser.

Únicamente sobreviven las buenas acciones, cuanto por Dios y para Dios hemos hecho, y nada más grato para Él, ni más acorde con la nobleza de nuestra alma, que practicar con afanoso cuidado el divino precepto «AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO.»

Y como donde no hay amor no hay vida, y la vida no termina con el paso fugaz por este valle de lágrimas, quien ha de vivir ha de sentir ese amor grande y elevado, con fines inmortales, que rindiendo las miserables pasiones del mundo, nos santifica.

La limosna, que es hija de la caridad cristiana, como obra de amor, vivifica, eleva nuestro corazón y le baña de deliciosísimas ternuras; porque es rayo de amor, que desde el cielo nos da calor, nos fortifica y engrandece.

Y en ese amor se funden la gratitud del pobre, que recibe la limosna, y la interior y plácida satisfacción del que la da; y al juntarse, como si fueran polos de las corrientes celestiales, hacen brotar la chispa en que aparece la divinidad, dando vida al moribundo espíritu, paz á las perturbadas conciencias, sosiego á las pasiones, acallando los clamores de los que sufren, condenando las despiadadas disculpas



de los que gozan y conjurando, en fin, los peligros de la lucha con que amenaza el terrible socialismo.

Pero tan hermosos y consoladores efectos sólo los produce la caridad cristiana; porque la limosna que no nace de ella, es un donativo que humilla, y á veces degrada á quien la recibe y ensoberbece y perturba neciamente á quien la da.

Pedir limosna y dar limosna en nombre de Dios, acción es que ennoblece justificando el derecho del pobre y el deber del rico, y de esa armoniosa correlación surgen los beneficios que llevan al que sufre y padece los consuelos de las Bienaventuranzas y libra al que goza y triunfa

hasta la tierra para que se amen como hermanos los que fuera de él, revueltos en los torbellinos del odio, se atropellan y repelen, arrastrados por el huracán de las corrompidas costumbres.

Al mismo tiempo los favorecidos por la suerte inculquen en sus hijos estos sentimientos, enseñándoles, con su ejemplo, cómo deben conducirse con los pobres, y cimenten su educación en la Caridad, que es vida de nuestra alma y alma del mundo. Sea, pues, base de su educación la religión del Crucificado, sin cuyo cimiento es deleznable cuanto se enseñe á los que nos han de suceder, y mantengan valerosamente este principio social, enfrente de la indiferencia, y de la sospechosa conducta, amparada

por hipócritas respetos, de los que de este modo ni sirven los intereses de una Nación Católica, ni prevén los males que hoy mismo alarmados quieren presurosamente atajar otros pueblos que en desventurada hora divorciarían la Enseñanza y la Religión.

La enseñanza laica y la filantropía son hermanas de ateísmo, son manifestación de la rebeldía que pretende prescindir de Dios, y hacer Dios al hombre y de la razón el pedestal de su omnimoda grandeza.

La enseñanza laica y la filantropía son las manifestaciones más solemnes de la beligerancia que se reconoce al atroz socialismo de las masas, que aprovechando las pasiones desbordadas pretende arrojar á la sociedad por abismos de perdición para cerrarlos después con la incredulidad como losa inmensa que oculte el cielo, ya que no puede destruirle.

Procuren, pues, los que llaman al pobre y le amparan y le protegen, que entiendan bien éstos, que allí desde un Asilo se levanta, allí donde una escuela se abre y sus cimientos no han sido rociados con el agua bendita por el Sacerdote católico, allí donde no palpiten las doc-

trinas y las prácticas cristianas, y todo ello no se simbolice con el lábaro Santo de la Cruz, como pararrayos de las iras de los réprobos, no se hacemos más que aliviar al que sufre con pasajeros consuelos y exponer su alma por un pedazo de pan; allí se anida la conspiración socialista que amenaza terriblemente, cual plaga providencial, con *el castigo del hombre por el hombre*.

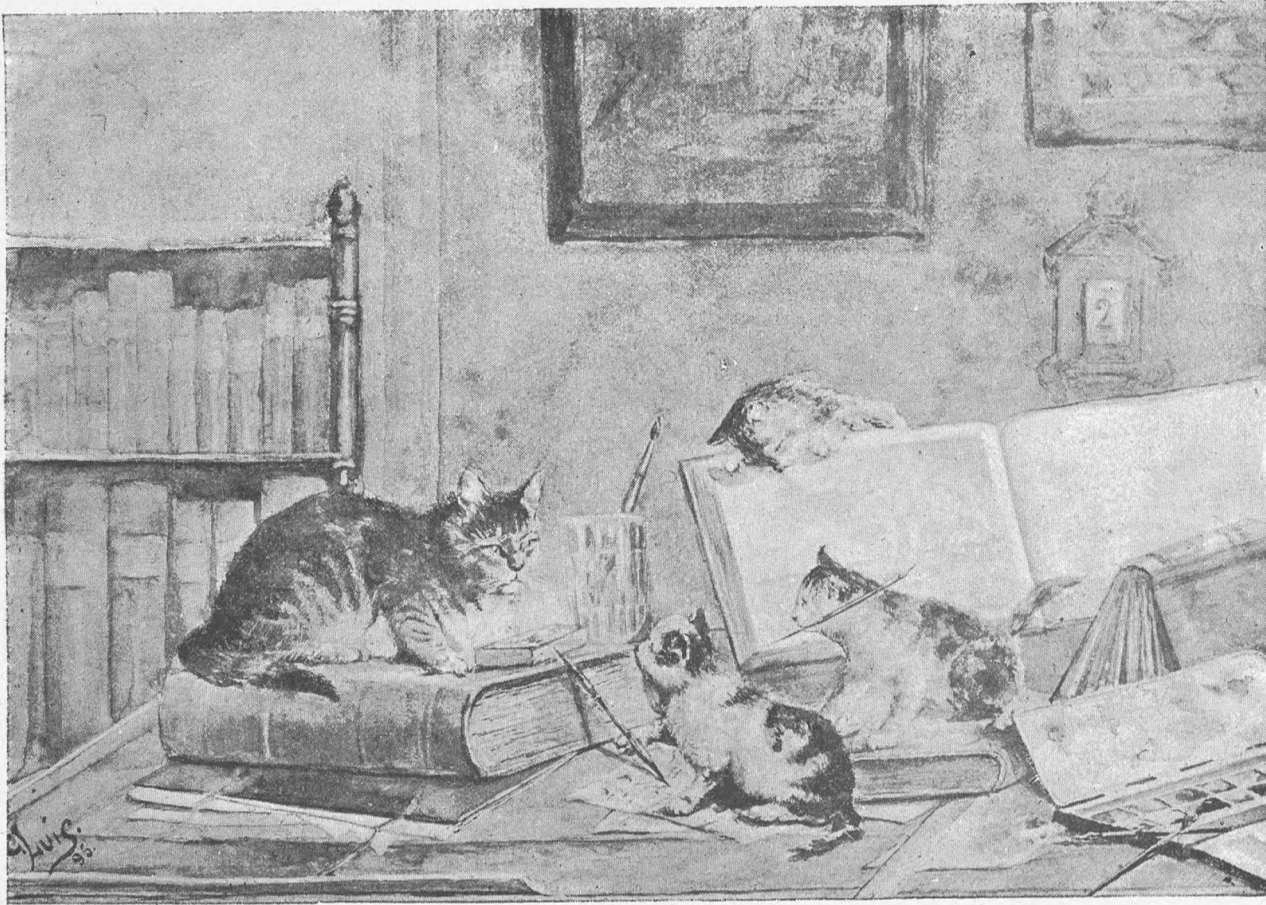
¡Benditos, pues, los que dan limosna y los que la reciben en nombre de Dios! La Caridad cristiana, cual fuente pura, refrescará sus almas; cual armonía incomparable embelesará su espíritu; como destello divino, guiará las miradas de todos hacia Dios; y así les arrojará mitigando las penalidades de la vida con placeres celestiales.

Madrid 15 de Febrero de 1895.

EMILIO RUIZ DE SALAZAR.

En las matemáticas sociales, la caridad resuelve milagrosamente un problema que, sin la intervención de factor tan poderoso, sería científicamente insoluble: convierte en cantidades homogéneas elementos entre los cuales crean profundas diferencias la riqueza, la cuna, la educación, la cultura.....—Nuncios de guerra, gérmenes de división y de odio acaso, que á la voz y bajo la influencia del mensajero divino, templan sus iras, calman sus enconos y se armonizan y confunden plácidamente como ramas de un mismo tronco, que, más ó menos altas y frondosas, se elevan todas, cara al cielo, bañadas por el propio sol y descubriendo idénticos horizontes.

JAVIER UGARTE.



Escritores y Artistas, por CARLOS LUIS

de los anatemas que fulmina la religión de Cristo contra los avaros y los favorecidos por la fortuna, que sin entrañas desoyen las súplicas de los que imploran.

Pero la limosna no ha de ser sólo material; ha de ser al propio tiempo espiritual, para que no sólo alivie al cuerpo, sino que conforte y alegre el espíritu. La limosna espiritual es como aliento de vida que hace á aquélla verdaderamente provechosa.

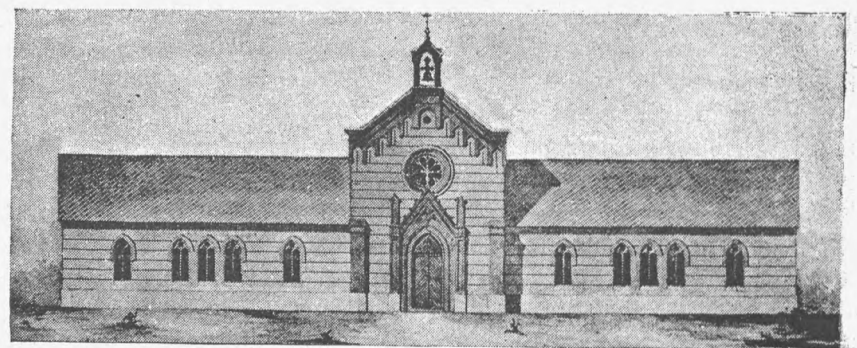
No basta dar de comer al hambriento y vestir al desnudo; no basta aminorar y mitigar las penalidades y los sufrimientos con que la miseria martiriza; es inexcusable sublimar la obra de caridad con el auxilio espiritual; porque de otro modo, acudir al necesitado olvidando que es un ser racional, que tiene un alma ansiosa de redimirse, amenazada con sufrimientos perdurables, es tratarle como á un ser inferior, no como á un hermano, cuyo parentesco, de precepto divino, es ineludible.

Para que se cumpla el fin de la limosna, para que produzca sus efectos integrales, para que sea acepta á Dios, es menester que principalmente se cuide de que el espíritu del pobre se limpie y vivifique con los consuelos de la fe cristiana, que la resignación y la humildad sean francos y seguros caminos por los que marche sin vacilaciones al bienestar eterno y le hagan llevaderos los dolores y las privaciones que á la postre terminan con la vida efímera del cuerpo.

Acompáñense, pues, á la limosna material las palabras cariñosas de consuelo y de compasión que convengan al pobre de que es hijo predilecto de Dios, si de Él no se divorcia, que el rico también sufre dolores y pesadumbres que las riquezas no pueden aplacar, y que la caridad es mandato que á todos nos obliga.

La limosna y el asilo han de ser no sólo medio de redimir la esclavitud del mendigo, sino de librar su corazón de la plaga de los amargos pesares y de los deseos impotentes de las excitadas pasiones. Hay que procurar que cuando el desvalido recupere las fuerzas, el trabajo sea medio de dignificación, y que los hijos del menesteroso no tomen como herencia el pedir limosna.

Facilítese decorosa existencia por el trabajo bendito á los que pueden trabajar y ábranse escuelas para ellos y para los infortunados pequeñuelos en donde aprendan á conocer á Dios, á admirar sus obras, y en donde enriquezcan su inteligencia para ser útiles á sí mismos y á la sociedad; porque de este modo, iluminando las sombras de su desgracia con los destellos de la fe cristiana, huirán los incentivos del vicio, se alejarán acobardados los infernales consejeros de la miseria y logrará el pobre su redención, bendiciendo la mano bienhechora que le cobija bajo el manto hermosísimo de la Caridad, que desde el cielo llega



Capilla de los Asilos del Pardo, por D. TOMÁS ARANGUREN

EL PAUPERISMO Y LA MENDICIDAD

Es el pauperismo problema social de todos los tiempos y civilizaciones, y se ha presentado en múltiples formas en toda clase de sociedades.

Comprende el pauperismo el aspecto general de la miseria, extendiendo su acción hasta las clases más elevadas: dolores, privaciones, miserias que no llegan al exterior; lágrimas que el rubor impide enjugar; padecimientos sin fin, que no traspasan la intimidad del hogar: nudo gordiano que ni se desata, ni se rompe, ni se corta, á pesar de los siglos y los siglos.

Al lado de las necesidades satisfechas, han existido siempre las no cumplidas: los miserables en Egipto levantan las Pirámides; en la India las Pagodas, en que hacen de la piedra encaje; en Grecia motivan las Reformas de Solón; en la Edad Media, fundan los libres Municipios, base de las sociedades modernas, y hoy amenazan con reformas sociales, que todos ignoran cómo podrán obtenerse; problema de todos los tiempos, lucha del oprimido contra el opresor; llaga incurable, que sólo la religión puede mitigar por el amor al prójimo y la caridad.

La Mendicidad es la manifestación más tangible de la miseria social y la última forma que puede revestir el pauperismo, y en este concepto cabe preguntar si la sociedad tiene derecho á impedirlo, y caso afirmativo, cómo se consigue su extinción.

Cuestiones son estas, que economistas y sociólogos discuten: Duchâtel, en su obra *La Caridad*, considera facultad inseparable del hombre la de mendigar, y Doña Concepción Arenal dice «que el pobre no sólo tiene derecho á pedir limosna, sino el deber de pedirla, porque lo es sustentar la vida», y es indudable que sólo una organización perfecta del Estado puede perseguir la *Mendicidad*, atendiendo sobre todo á los males que á su sombra nacen y se desarrollan.

La extinción absoluta de la Mendicidad es, sin duda, algún ideal social, y sólo se verá cumplido cuando todos los dolores tengan consuelo y todas las necesidades tengan satisfacción, cuando el progreso de los tiempos y la marcha de la civilización hayan alcanzado total perfeccionamiento.

Atenuar en lo posible la Mendicidad y sus efectos ha sido atención especial de todos los pueblos, y conviene recordar á este propósito, sin grandes excursiones históricas, lo establecido en Inglaterra por virtud del *arrendement bill* de 1834 que reformó la ley de pobres, que reconocía el derecho del indigente á un socorro proporcionado por su parroquia; el sistema de Colonias Agrícolas, fundado en Holanda por el general Vander-Bosch: el sistema de Munich, cuya institución principal es la Casa de Socorro, fundada por el Conde de Runfort: el sistema De Gerand, el de Mr. Magnitot y otros, sin que nuestra patria haya dejado de trabajar en este sentido, como lo atestigua Madrid y todas las capitales y pueblos de alguna importancia donde la caridad oficial y privada sostienen gran número de establecimientos.

El *Asilo de los Pobres*, de exclusiva iniciativa de D. Alberto Aguilera, secundado generosamente por las clases todas de Madrid, que se construye en la Moncloa, es un paso de gigante en el problema social, ha de producir bienes incalculables, y es la más potente manifestación de la iniciativa privada, cuando la realiza un hombre que sacrifica á las necesidades de sus semejantes cuanto vale y cuanto tiene: que los grandes y afortunados le ayuden, y terminado el Asilo podrá España estar orgullosa de haber levantado el Establecimiento mejor del mundo, y arrojado una semilla que puede ser factor principal para resolver el problema de la Mendicidad en las grandes poblaciones.

M. MATHET Y COLOMA, *Arquitecto*.

EL MADRID ANTIGUO

Madrid procura tener las condiciones de una gran población semejante á otras de Europa, y para lograrlo sólo trabaja en su embellecimiento, descuidando mucho cuanto se refiere á sus condiciones de salubridad.

Ningún higienista de los que seriamente han analizado este asunto, deja de reconocer que es crecida la mortalidad de esta población. Méndez Alvaro, de autoridad indiscutible y de respetable memoria, legó á la literatura médica un trabajo de grandísima importancia, en el cual se comentan las condiciones pésimas de salubridad de la villa coronada en los presentes tiempos.

Digo en los presentes tiempos, porque según conjeturas muy fundadas, la capital de España, en otras épocas, poseyó inmejorables condiciones de salubridad. Diríase que ha pasado con Madrid lo que ocurre á algunos individuos de pobre origen, los cuales en los años primeros de su existencia, cuando ningún lujo pueden permitirse y viven apartados de todas las holguras y de todo bienestar, gozan de salud excelente, sienten fortaleza orgánica, traducida en vigor, y después, cuando por virtud de las circunstancias, cambia su posición y llegan las anheladas riquezas, con ellas parecen venir también achaques de todo género, esa falta de salud que no puede suplirse con los tesoros materiales.

En efecto. Cuando la villa madrileña era modesta población, despojada de ciertas pretensiones de gran ciudad, tenía fama de ser saludable hasta el punto de merecer encarecimientos tan grandes como los que le prodigara González Hernández de Oviedo, que en una de sus *Quinquagenas* decía: «Es Madrid nobilísimo, fuerte, fértil e maysano, tanto que quando en Castilla hay pestilencia, la tierra que primero adolece no es Madrid ni su tierra, sino la que á la postre enferma e la que primero convalece e sana de cualquier morbo e general contagio pestilencial á causa de sus claros horizontes, e limpios cielos, e sanos aires, e templada región e benignas estrellas.»

Y no sólo este dato tenemos de la que pudiéramos llamar historia de la higiene de Madrid. Otros abonan también la afirmación de que en pasados tiempos fué la hoy corte de España, lugar seguro para defenderse de los males orgánicos.

Antes de que en el siglo XII comenzara á ensancharse Madrid, era esta villa recinto estrecho situado á lo largo del Manzanares sobre ribazos escarpados. Desde la fecha mencionada, la población comenzó á dilatarse por la parte oriental, y al cabo de dos siglos se había triplicado su importancia.

Tal protección concedida á Madrid atribúyese al bienestar que dentro de ella sentían los monarcas, y de Alfonso VII se cuenta que otorgó privilegios en pro del engrandecimiento de la villa por hallarla muy de su gusto.

Si no me es infiel la memoria, en Madrid convaleció de unas fiebres intermitentes el Emperador Carlos V, y basta con leer cierto pasaje del gran Cervantes, para convencerse de que los alrededores de la heroica villa fueron en otro tiempo asombro de frondosidad y belleza. De aquellas hermosuras de antaño nada queda. Madrid no tiene hoy mucho de población saludable. Sus alrededores recuerdan poco la antigua frondosidad. El terreno pelado, ondula circuyendo á la población como un mar de arena que hubiese de pronto paralizado su oleaje. Algunos, muy pocos, oasis de verdura resaltan sobre el triste desierto de color gris que abarca la mirada. Desde los puntos elevados se divisan hacia el Norte las cumbres del Guadarrama, que sin ningún estorbo nos envían sus vientos enfriados por las nieves, y hacia el Sur se dilata el terreno, sin hallar en todo él nada que delate favores recibidos de la Naturaleza.

Hoy Madrid es más grande; remeda el movimiento de las grandes ca-



¡Una limosnal por C. DOMÍNGUEZ